



ZACATECAS

ANTES DE LA APARICION

NADIE ha comprendido en todo su alcance lo que es en un pueblo la idolatría.

Lo que es la luz en los espacios, el calor en las plantas, los aromas en los aires, las fuentes en los valles, la verdura en los campos, la flor en las selvas, las

estrellas en la noche, esto es y mucho más la religión católica en las humanas sociedades. La religión católica es luz que siempre alumbrá, calor que siempre vivifica, aroma que siempre embalsama; es la primavera de la sociedad y la estrella siempre vibrante que señala sus pasos por los tortuosos y difíciles senderos de este mundo.

¿Qué hace la idolatría? Hacer.... nada; más bien destruir. ¿No es destruir el cerrar el paso á toda ilustración y verdad, justificar toda acción del hombre, forzarle á que se postre ante un pedazo de piedra ó bien de oro y plata, creyendo

que esa estatua es una divinidad: que ve, que siente, que todo lo conoce y todo lo sabe y todo lo puede? ¿No es destruir el convertir, el hacer del hombre un esclavo y de la mujer una cosa? Todos los hombres, de cualquiera raza y condición que sean, en virtud de su propia naturaleza y en calidad de tales, tienen los mismos derechos y los mismos deberes. Nadie nace rey como tampoco nadie nace pastor.

La diestra mano de la naturaleza pasó por todas las criaturas racionales enseñándoles sus deberes y mostrándoles sus derechos.

Y esta mano, siempre certera en sus actos, dirigida estaba y lo estará siempre por Aquel que la hizo y la conserva.

Viene la negación de Dios, que así se define la idolatría, y en unos seres humanos deposita toda clase de deberes sin derecho alguno, al paso que á otros circunda de cuantos derechos pueden imaginarse sin deber alguno. De suerte que la idolatría y por otro nombre el salvajismo, es una negación de la misma naturaleza humana. ¿Qué progreso, qué libertad, qué ilustración, qué adelantos puede haber en una sociedad abatida bajo la influencia de esta fuerza?

Indudablemente ninguno. No hay base verdadera, luz cierta, norte seguro, ni horizonte que abra paso al caminante que lleva una esperanza. ¿Dónde está la base y el que la levató, y la luz y quien la encendió, y el horizonte y el que lo señaló. No hay efecto sin causa, ni puede haber causas segundas sin el concurso de una causa primera.

La luz no se inventa, ni se crea la base por sí misma; se precisa una causa que produzca aquella luz y le mande alumbrar; y construya esa base y le diga: "*sé firme.*"

¿Qué sociedad, qué pueblo, qué familia, se puede levantar

bajo esta forma? Si cree levantarse será para caer después con mayor violencia y precipitarse más burdo.

Así hubo algunos pueblos, algunas sociedades que si brillaron, fué por un momento para muy luego eclipsarse y morir para siempre. Murieron, y su sepulcro apenas se encuentra. Otros vivieron por algún tiempo, llegando á levantarse para no caer jamás, debido á una fuerza suprema pero desconocida.

Uno de esos pueblos ha sido Zacatecas. En nada afea al sabio su ignorancia primitiva, ni al valiente soldado su cobardía cuando niño, ni al hombre jus-

to sus defectos pasados. Por esto nada denigrante ofrece la nota de que Zacatecas haya visto pasar alguna de sus épocas bajo la férrea mano del oscurantismo más crudo y el más avanzado retroceso. Zacatecas vió pasar sobre sí días de obscuridad, cuando el recién nacido era abandonado en los bosques y la mujer considerada como esclava en toda la extensión de la palabra.

Zacatecas se postró ante dioses ficticios: hechura de sus manos, en quien personificaba alguno de los atributos pertenecientes á la Divinidad, adorándolos como á su Dios y creyen-

do que veían, que conocían lo futuro y lo presente, teniendo en sus manos el remedio de cuantos infortunios podían perseguirle. Lamentable era la situación de Zacatecas en aquella época. Pueblo profundamente religioso, rendía culto á aquellas divinidades, creyendo que su culto era el verdadero, pura su moral, santas sus ceremonias y omnipotentes sus dioses.

Los sacrificios que ofrecía, las víctimas que con harta frecuencia se inmolaban en el altar de sus lares, revelan el estado de abatimiento y abyección en el cual sepultado está el pueblo que ignora cuál sea el verdade-

ro Dios. Semejante á los romanos que dedicaban un templo á todos los dioses, ofrecía víctimas á cuantos se presentasen en sus hogares. Buscaba al verdadero Dios, pero aun no había llegado la hora; y tan firme estaba en que el Dios verdadero eran aquellas figuras, que jamás de ellas se olvidaba.

Dado el despotismo de sus dioses, por quienes hablaba el espíritu de las tinieblas, se veía obligado á ofrecerles víctimas humanas, niños, doncellas, prisioneros de guerra y cuantos otros fueran del capricho de los dioses. De suerte que la víctima era el hombre.

Para mejor asegurar tales divinidades, en cuyas figuras se personificaba Luzbel, aquellas conciencias y aquellas almas, y no perder jamás su imperio, sino más bien asegurarle más y más oponiendo, inventando cuantos obstáculos se les ocurría á la entonces próxima venida de la Cruz; se dejaban ver en figuras horribles, hablando, profetizando para mejor hacerse dueños del pueblo aquellos espíritus de las tenebras.

Zacatecas no era entonces señor de sí mismo, ni mucho menos dueño de sus destinos.

Destino, en manera alguna le tenía; su destino era la muerte y

la esclavitud. Este no es destino. El destino, cual si dijéramos, el fin, ennoblece, diviniza, eleva al hombre.

Destino pudiera llamarse la creencia de aquel pueblo como de todos los otros en la realidad de otro mundo allende la tumba. Pero esta creencia estaba desfigurada, falsificada, como que de su propia realidad apenas le quedaba si no es el nombre. Pero ¿qué destino envuelve su palabra?.....

De este estado en lo religioso pasemos á su propia cultura moral é intelectual.

No es extraño que su cultura intelectual apareciera envuelta

por lo general, en la más cruda ignorancia, si bien que se poseían algunos conocimientos y no escasos, relativos á la Astronomía, Agricultura y Bellas Artes. Esto más bien provenía del carácter discursivo del pueblo que de otra causa.

La cultura moral fué muy inferior á los adelantos en la parte intelectual. No se hable, como se dice hoy, de conciencia pública, del recto sentido común. Bien es cierto que éste como aquella, son un don natural del hombre en virtud de los cuales discierne entre lo malo y lo bueno, entre lo justo y lo injusto. Si bien existían entonces

esos dones naturales, tenían su luz medio eclipsada, como una bujía á lo lejos, que por ser tan imperceptible, apenas se divisa.

Borrando todo conocimiento del verdadero Dios, natural es que se oscurezcan hasta las ideas más abstractas y generales de la justicia. Sin embargo, esas ideas nunca se pueden borrar en su totalidad; entonces habría que suprimir la naturaleza humana, que, como tal, lleva en sí misma, si bien bajo la impresión de su Hacedor, una luz que es imposible llegue á perder todo su esplendor. Esos brillos podrán ser más á menos visibles; llegar á su completa

extinción nunca. De ahí que haya ciertos actos que todas las razas llaman ilícitos, como son: el robo, el parricidio y algunos más por este estilo. Bajo la impresión de la negación suprema de Dios, de tal modo se ocultan esas ideas, que algunas veces parece que han llegado á desaparecer.

Esta era la condición de Zacatecas, allá, en tiempos muy lejanos. ¿Qué cultura moral podía tener? ¿Quién se la podía enseñar? ¿Quién agrandar esa luz que todos llevamos impresa en la mente?

Ni esto convenía á sus dioses. No convenía á estos que

el pueblo se perfeccionara en sus costumbres así públicas como privadas; entonces estaban ya demás.

Mientras fuera mayor la corrupción, más firme su imperio; mientras más crasa la ignorancia, más dilatados sus dominios.

Cuando Atila se presentó ante un pueblo para conquistarle, observó que sus miradas se dirigían siempre hacia la tierra, y dijo: "*Este pueblo ya es mio, no mide más que un palmo.*"

Medía sólo un palmo y en él estaban fijas sus miradas.

El pueblo zacatecano fijo estaba en aquel tiempo en un palmo de tierra, y por esto sus cos-

tumbres, sus hábitos propios eran de abajo, esto es, que no podían ennoblecerle. El hombre se perfecciona con un elemento superior, pero no con elementos propios de lo que se disuelve y corrompe.

Forzoso era que de esta clase fueran sus costumbres, su vida propia y cuanto á ella se refiere. La justicia en sus tres faces: la distributiva, conmutativa y legal no era conocida. ¿Qué diremos de la fraternidad, de la igualdad cristiana, de la conformidad del pobre con su suerte, de la conmiseración del rico? De otras perfecciones no se hable, ya sean más elevadas y por lo tan-

to más nobles. Ni menos se hable tampoco del amor siempre constante del hijo á su padre, del marido á su esposa, del hombre para con quien le ha hecho beneficios.

El obrero, el labrador, los sirvientes de una casa. ¿En qué concepto eran tenidos? No alcanzaban con el trabajo de su sudor su propia subsistencia; la ganaban, sí, para sus señores: y á ellos se les daba lo estrictamente necesario. Se les podía mandar y de hecho así se hacía á trabajos forzosos sin subvención alguna; y cuando á su señor se le antojara, podía quitarles la vida.

Es indudable que Zacatecas se encontró en aquellas épocas, en el abatimiento más duro y en la más despreciable abyección.

Sobre otros Estados se extendió y cundió también el mismo decaimiento; pero ya esto es salir de nuestros límites y pensar fuera de nuestro propósito.

Cuando el Gobernador Supremo permite en un pueblo tal ceguera, tal abatimiento, singularmente en el orden moral y religioso, es para después levantarlo más alto que los otros pueblos por medios ocultos á la humana investigación; y sobre aquellas ruinas y escombros for-

mar una sociedad organizada en todos su ramos; ilustrarla en el orden intelectual, perfeccionarla en el orden moral y llevar su nombre á lejanas tierras para ser conocido y respetado,

Pero como nadie conoce los designios del Eterno, ni menos sabe en qué tiempo se deberán realizar, Zacatecas, en vista de que sus dioses no cambiaban su suerte ni levantaban sus miras, comenzó á suspirar por un Dios desconocido.

Aun cuando una sociedad cualquiera viva por mucho tiempo en la corrupción más horrenda, tiene momentos en que parece entreabrir sus ojos para re-

flexionar sobre su propia condición.

Como la idea de la bueno y de lo justo es en todo natural, hay momentos en que esa idea se refuerza como queriendo rasgar la nube, que lo envuelve. Una sociedad no puede durar muchos siglos en ese estado, porque ó se muere por consunción ó se levanta debido á energías superiores.

Zacatecas esperaba ese día tan venturoso. A sus oídos llegaban rumores de que unos hombres de raza desconocida habían penetrado en tierras aztecas. Hablaban un idioma desconocido, predicaban una religión que pa-

recía un misterio. Decían que todos los hombres eran hermanos, redimidos por la sangre de un Dios-Hombre.

Mediante esta religión intentaban abolir la esclavitud, derribar los templos de los dioses, hacer pedazos sus ídolos. y colocar sobre sus ruinas una cruz.

Esto á primera vista parecía imposible, como imposible es, ó poco menos, obligar á todo un pueblo á cambiar de religión, deshaciéndose hasta de sus dioses lares.

Obra colosal, empresa que solo en fuerza de las energías de lo Alto se podía realizar.

Aun cuando los más cuerdos

é inteligentes no estaban del todo conformes con las creencias de los dioses, no obstante, la mayor parte del pueblo tranquilo estaba descansando en el culto de tales figuras. Creía que era un Dios y ni la idea de otra cosa cruzó por su mente.

El nombre de la Cruz se había extendido por varias regiones de la República.

Es indudable que los dioses harían esfuerzos supremos por conservar sus puestos esclavizando las almas y sujetando las inteligencias. Preveían lo que iba á suceder al fin eran guiados por un angel caído desde lo más alto del cielo y sepultado en lo

profundo del abismo. Pero cómo el tiempo se acercaba, no tenían otro remedio que abandonar sus puestos, sus altares, sus tronos, para ser ocupados por el Dios de la Cruz.

¿Qué medios se habían empleado para llevar á cabo esta conquista? ¿Quién lo puede realizar? ¿Quién puede cambiar el corazón de un pueblo, su culto, sus ceremonias, sus sacrificios, sus altares y sus templos?

Preciso es que venga un angel del cielo, ó por lo menos quien tenga un poder para realizar este cambio.

Este angel, que más bien será por su luz y vida una estre-

lla, aparecerá, se dejará ver.
Nadie podrá resistir su acción
ni oponerse á sus designios.
Será Nuestra Señora del Pa-
trocinio.



ZACATECAS
DURANTE LA APARICION

YA era llegado el tiempo se-
ñalado por el Supremo Ha-
cedor para que Zacatecas cono-
ciese la verdad y le rindiera cul-
to; ya el nombre de la Cruz se
iba dilatando al través de los ho-
rizontes mexicanos; ya las gen-
tes se aglomeraban al rededor